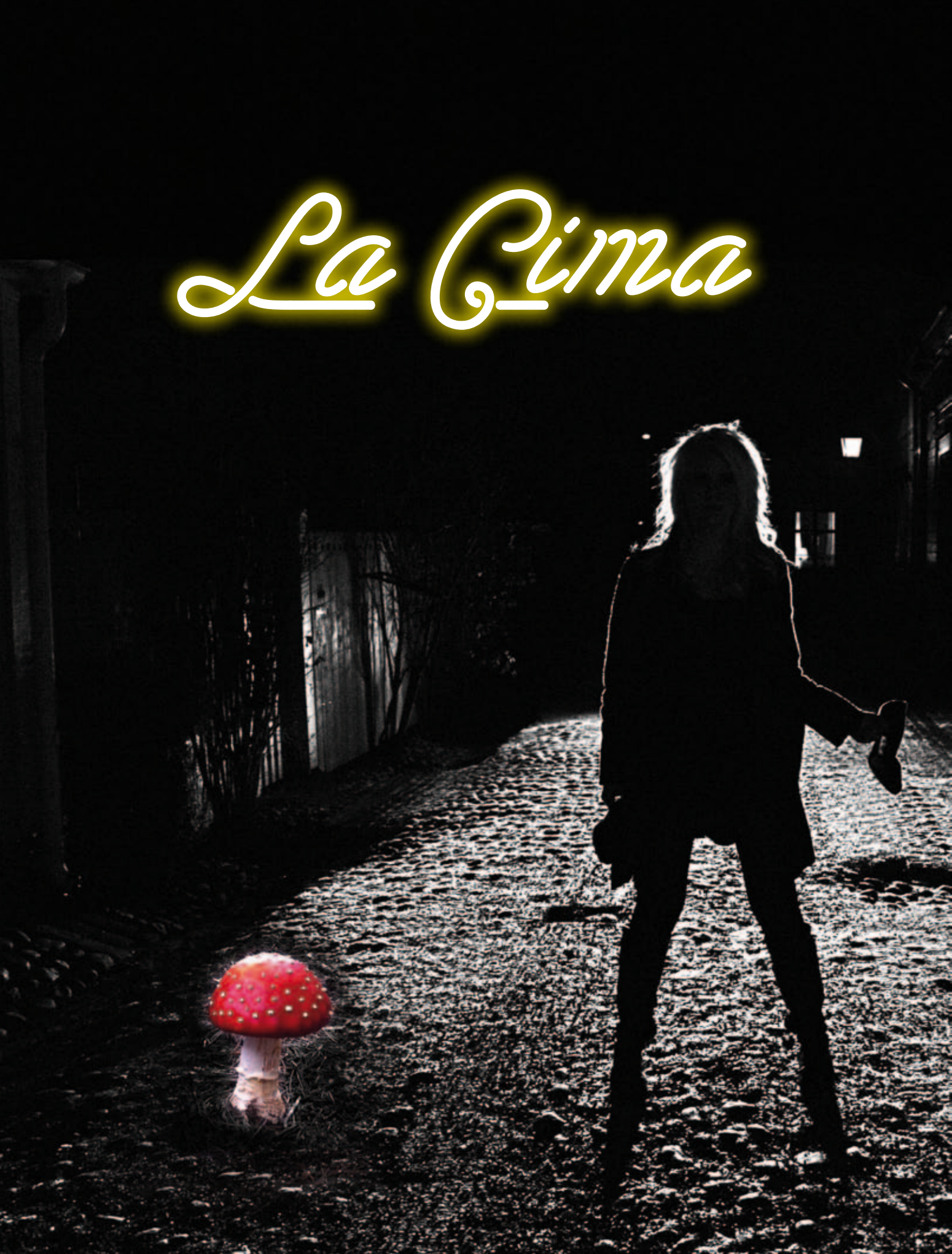


La Cima



TRADUCCIÓN HENRY FICHER

TIM
KEPPEL

Era viernes por la noche y la gente se había volcado a la calle cuando Doug llegó en taxi. Una brisa refrescaba el aire; un letrero de neón encima de la puerta decía La Cima. Esta angosta calle empujada en la parte antigua de la ciudad, una vez próspera, ahora estaba en decadencia. Ocupantes ilegales vivían en los edificios adyacentes. Ningún vecino se quejaría por el ruido.

Una de las cosas que a Doug le gustaba de Cali era que los pasajeros podían beber en los taxis. Le gustaba La Cima porque siempre podría encontrar algún conocido con quien hablar. Doug era un gringo que había vivido en Cali por más de quince años. Llegó como viajero y se quedó trabajando como traductor y fotógrafo. Retornó a su patria cada vez con menos frecuencia y en el trascurso de los años se fue volviendo menos gringo y más colombiano.

La primera persona que vio fue a Javier, el tipo que lo llevó a La Cima un año antes. Lo conoció a través de su mujer, Nicole. Nicole no era de ir a bares. Se había presentado a un casting para una película que Javier quería filmar, su primera. Resultó que había estado a punto de filmar esa misma película durante treinta años.

Javier, flaco con rostro demacrado e incongruente flequillo infantil, estaba hablando con varios personajes: Federico, un baterista con rasgos indígenas que siempre intentaba sacar un trago gratis o venderte una camiseta o un CD; Vicente, un artesano que hacía sandalias bonitas y al que le gustaba acercarse demasiado a tu cara y echar carreta, y Sergio, un hombre de tez oscura y pelo de un blanco intenso que siempre estaba promocionando sus libros de poesía autofinanciados. Todos habían soñado de jóvenes con ser alguien y ahora, ya cincuentones, seguían soñando.

Recibieron a Doug con una ronda de abrazos torpes antes de continuar su conversación sobre el muy discutido tema de Andrés Caicedo, el ídolo literario de la ciudad, que se suicidó a los veinticinco. En su célebre novela había hecho su conocida declaración de que vivir más de veinticinco años era una vergüenza. Muchos de los clientes regulares aseguraban haber sido amigos de Caicedo, y los demás afirmaban haber sido miembros del M-19, el ahora desmovilizado y muy idealizado grupo guerrillero. Siempre hablaban de la fama de Cali como ciudad de arte en los tiempos de Caicedo y del pesar que les causaba que ya no lo fuera. Y trataban de explicar por qué: se debía a la seducción de Bogotá, a que los izquierdistas habían pasado a la clandestinidad por cuestiones de seguridad personal, o a algún inexplicable golpe de mala suerte. Acá en La Cima, sin embargo, era como si la ciudad continuara en su apogeo. El tiempo se había detenido y la mentalidad de los años sesenta se había conservado no en ámbar, sino en alcohol.

Cuando empezó a frecuentar La Cima, Doug estaba fascinado y entretenido por el zoológico de personajes. Sentía una superioridad culposa por ser uno de los pocos con ingresos sólidos y una vida familiar estable. Ese estatus pronto se hizo añicos cuando Nicole lo dejó. Ahora encajaba perfectamente.

Doug entró al bar al ritmo de la jovial salsa de Willie Colón. Las mesas estaban arrinconadas y varias personas bailaban. Inaugurado en los años treinta como tienda de vecindario, el bar exhibía una foto en blanco y negro del fundador, tío abuelo de los actuales propietarios, que eran todos parientes y vivían en la parte de atrás, y todavía registraban las cuentas en un cuaderno. Los estantes estaban cubiertos con una impresionante colección de botellas de cervezas y gaseosas, y fotos en grupo de los clientes fieles posando como discípulos en la Última Cena o como bandidos de la pandilla del Hueco en la Pared. Un pequeño televisor sobre una nevera ofrecía cobertura de las noticias y los partidos de fútbol ya que La Cima era el segundo, si no el principal, domicilio de muchos de ellos. Siempre podías llegar y encontrar gente leyendo el periódico o tomando cerveza a la hora del almuerzo, que tendía a alargarse todo el día. Algunos iban incluso en Navidad.

Todas las miradas estaban puestas ahora en la bailarina conocida como la Duquesa. Era una figura ilustre que le daba al lugar un toque de clase. Robusta e imponente, con un escote profundo, hacía alarde de una majestuosa melena rubia y el rostro de una aristócrata venida a menos. Su Land Rover plateado, que compró con la pensión que recibía de su exesposo abogado, estaba parqueado al frente. Saludó a Doug con voz ronca y ojos entrecerrados y le agradeció por venir. Doug se fijó en las serpentinas, los globos y la piñata. Era el cumpleaños de la Duquesa.

Lo que había pasado con Nicole era difícil de explicar. Ella había dicho que él ya no la quería, lo cual no era verdad. Pero empezó a actuar como si ya no lo quisiera a él. Se sintió vacío y tuvo un desliz, y cuando ella lo supo, lo dejó. Esa agradable sensación que se siente cuando uno está lejos de casa y sabe que tiene un lugar adonde ir y alguien que lo espera, Doug la había perdido. Fue entonces cuando comenzó a sentirse como un personaje más de La Cima, alguien cuyo glorioso horizonte resultó ser solo una ilusión, una pintura en la pared contra la que se había dado de cabeza. Hacía poco había hecho una lista de las personas que lo querían. Era una lista muy corta. Sus padres habían muerto, sus hermanos estaban lejos y sus amigos estaban todos en el pasado.

Doug pidió una cerveza y un trago doble de ron. Luego entró a un baño del tamaño de una cabina telefónica, se metió un pase y salió sintiéndose como Superman. El perico era un pasatiempo que había adquirido en La Cima. Un vendedor zarrapastroso con una barba salvaje como la de un profeta del Antiguo Testamento pasaba a menudo con una canasta de hierbas medicinales y siempre era complaciente. Con todo de repente más vívido y urgente, Doug se sentó con Leonardo, un tipo bajito de voz resonante y gafas estrambóticas —a veces con marcos rojos, hoy con blancos— que estaba mirando un paquete de fotografías viejas con ojos húmedos y enrojecidos.

Si uno lo encontraba más temprano, seguramente sería la persona más aguda del lugar, pero a esta hora arrastraba las palabras y lloriqueaba por la pérdida de su perro. A diferencia de los demás, Leonardo sí había sido amigo de Andrés Caicedo. Todavía era entrevistado por periodistas jóvenes que querían oír las historias, ver las fotos y leer las cartas, algunas intercambiadas días antes de su funesta muerte. Hijo de un banquero y político prominente, Leonardo fue un artista prometedor. Había viajado por todo Europa y el Medio Oriente, y podía jactarse de haber sido recibido en el aeropuerto de México por Juan Rulfo, de haber bailado con Sonia Braga y de haber tenido un encuentro sexual con Manuel Puig.

Pero con el paso de los años su vida se había ido en picada debido en parte a sus muchos accidentes, como una caída, borracho, del palco de un teatro en París. Debido a su “inestabilidad” y su afición por la juerga, su familia lo había desheredado, salvo por un pequeño estipendio mensual.

Todos los días menos el domingo, cuando el bar estaba cerrado, Leonardo salía de su casa al mediodía, acompañado de su perro fiel, Roosevelt. Empezaba su travesía de seis horas hasta La Cima, arrastrando los pies, apoyado en su bastón (otro accidente le había dejado la pierna torcida y disfuncional) y llegaba al atardecer. Seis horas para cubrir una distancia que fácilmente podría recorrerse en treinta minutos. Debido a su tendencia a cansarse fácilmente, el viaje requería frecuentes paradas para leer el periódico, comer una empanada o conversar con alguien en el camino. Un día que Leonardo estaba enfermo y sin ganas de salir, Roosevelt, que se había habituado tanto a esa rutina diaria, completó por su cuenta todo el trayecto.

Ahora, mientras se secaba las lágrimas y feliz de ver a Doug, Leonardo le mostró algunas fotos suyas —barbado, saludable y apuesto— con Caicedo, Rulfo y otros artistas famosos. Como las fotos estaban en mal estado, Doug le preguntó a Leonardo si no debería tener más cuidado con ellas para la posteridad.

—¿Qué? —preguntó, inclinándose hacia él con su oído bueno.

Luego respondió que no le importaba nada ahora que había perdido a Roosevelt.

—Esta es la última foto que le tomé —dijo, pasándosela a Doug con dedos temblorosos y sucumbiendo a un nuevo diluvio de lágrimas.

El perro había sido envenenado. Leonardo dijo que sus vecinos seguramente tenían algo que ver, pues sospechaba que ellos habían matado a varios de sus gatos.

Doug lo invitó a un trago antes de que Leonardo tuviera la oportunidad de pedirle uno. Después de divagar más sobre Roosevelt, le hizo una confesión sorprendente: él mismo lo había envenenado.

Cuando empezó a frecuentar La Cima, Doug estaba fascinado y entretenido por el zoológico de personajes. Sentía una superioridad culposa por ser uno de los pocos con ingresos sólidos y una vida familiar estable. Ese estatus pronto se hizo añicos cuando Nicole lo dejó. Ahora encajaba perfectamente.

—¡Qué! —exclamó Doug.

Sí, dijo Leonardo, se había metido en el bolsillo la comida envenenada que los vecinos habían dejado para los gatos (¿por qué razón? Doug no pudo entender), y más tarde, borracho y sin pensar, se la dio a Roosevelt.

El corazón de Doug dio un vuelco cuando vio a Luz afuera bajo el resplandor azul del letrero. Sintió una punzada de deseo tan aguda como una astilla. Con su largo pelo oscuro, una licra negra, minifalda, ancho cinturón plateado, pulseras, anillos y un tatuaje de una medialuna en el hombro, Luz irradiaba un erotismo de ensueño.

Le dio un abrazo.

—Esperaba verte aquí.

A Doug le encantaba su voz cantarina. Le dijo que tenía que ir un momento a la casa —vivía cerca—, pero que ya volvía.

—Te tengo una sorpresa —dijo, y se pasó un mechón de pelo detrás de su pequeña y perfecta oreja.

Al ver la graciosa figura de Luz alejarse, a Doug se le ocurrió que ella era el tipo de chica que siempre quiso pero nunca logró tener. Le contó que había madurado rápido debido al par de senos grandes que habían florecido en su esbelta figura a los trece años. Tantos hombres andaban tras ella desde tan joven, incluso mafiosos, que terminó viendo a un sicólogo. Ahora trabajaba de vez en cuando como profesora de primaria o como mesera. Le gustaba lo esotérico. Creía en horóscopos y en pequeñas piedras que supuestamente adivinan el futuro. Creía que la atracción sexual se debía en gran parte a las feromonas. Era una gran aficionada a Andrés Caicedo. Escribía poesía. En un viaje a Florida, conoció a un tipo en un bar y tuvo sexo con él en el baño. En vez de Luz, los gringos empezaron a llamarla “Loose”.¹

Luz había vivido con un tipo en una cabaña en el bosque. No tenía la intención de involucrarse con él; solo fue allí porque necesitaba donde quedarse. Desde entonces había cambiado de apartamento muchas veces, compartiéndolos con amigos de amigos o con extraños. Los apartamentos tenían colchonetes delgadas como arepas, en el suelo, afiches manchados en las paredes y gente que iba y venía a toda hora, trabándose y comiéndose. Había crisis constantes que tenían que ver con parejas infieles y recibos de servicios. Cuando escuchaba sus historias, Doug se transportaba a una época de su vida más joven y más libre, completamente caótica y llena de esperanza.

*

Cuando Luz se fue, a Doug se le acercó Vicente, el artesano. Como sucedía con tanta gente en La Cima, al principio parecía normal pero luego de un par de minutos quedaba claro que algo andaba mal. Siempre se acercaba demasiado. Abordó el tema de la comida mexicana y no paró hasta que había reportado, de forma enciclopédica, todo lo que sabía al respecto. Vivía cerca, con su hermana, en una casa grande, alguna vez opulenta, que les dejó de herencia su madre. Hacía sus artesanías de cuero en el sótano y cada año viajaba a San Andrés durante la estación turística para vender sus productos. El año anterior, había viajado a Cuba para participar en un matrimonio ficticio. La mujer cubana, que quería vivir en Colombia, acordó pagarle tres millones de pesos, pero en el aeropuerto de La Habana se puso nervioso durante el interrogatorio y lo devolvieron. No solamente no tenía una relación amorosa con la mujer, sino que ni siquiera la conocía y, además, era homosexual. Le contó a Doug que, por principio, nunca había pagado por sexo. Ah, sí, tal vez regalaría un par de sandalias o algo así, pero nunca pagaría.

Vicente le informó que Rodrigo, otro cliente regular con ojos saltones que fabricaba muebles de guadua, había muerto la semana anterior en un extraño accidente. Luego de una borrachera llegó a la casa de madrugada y se dio cuenta de que no tenía llaves. Así que trepó por la cañería y estaba intentando meterse por la ventana cuando se cayó y se rompió el cuello.

Este era solo uno de una serie de finales trágicos que acaecieron a la gente de La Cima. Se estaban muriendo antes de su hora. Uno, un violinista, hacía poco se había ahorcado; otro, un actor que tenía la nariz carcomida por el perrico, había sufrido un derrame, mientras que un artesano que pintaba azulejos de porcelana había comido estricnina. Otros estaban llegando rápido a su fin. Además de Leonardo, había gente como Emilio, que sufría de delirium tremens, y su primo Reinaldo, que solía subirse la camisa para exhibir la enorme cicatriz en el pecho en forma de cordón de zapato, de cuando lo abrieron durante una cirugía del corazón.

Y todo el tiempo se producían situaciones peligrosas, como la noche en que una pandilla de matones armados con cuchillos y palos persiguieron a un tipo que según dijeron le había robado el celular a la novia de uno de ellos, y que se metió en La Cima para escapar. Era temprano y había pocos clientes. Uno, Armando, un indio acuerpado y de pelo largo que sí había estado en el M-19, enfrentó valientemente a la turba sanguinaria, y los mantuvo a raya mientras el supuesto ladrón se escapaba por los tejados de la parte trasera. Mientras tanto, Leonardo se escondió en el baño con las mujeres, y por eso fue ridiculizado. Doug, que había estado ahí justo la noche anterior, se preguntaba qué habría hecho en la misma situación, si habría reaccionado como Armando o como Leonardo.

De repente todos salieron a la calle. Era hora de romper la piñata. Se apiñaron alrededor de la Duquesa, que estaba vendada con una pañoleta y blandía un palo de escoba recortado. La piñata tenía la forma, Doug se daba cuenta ahora, de un pene. Cuando lanzó el golpe no falló.

En ese momento Luz apareció con una botella de agua que contenía un líquido marrón.

—Toma un sorbo.

Dijo que había salido al campo ese día y en un potrero, entre las plastas de boñiga, ella y una amiga recogieron los hongos. Los cocinó en una sartén con agua de panela hasta que se disolvieron. Doug nunca había comido hongos pero ahora con Luz parecía el momento de hacerlo. Tomó un sorbo y, mientras esperaba el efecto, le preguntó si tenía novio.

—Con todos mis amigos —dijo Luz—, siempre existe la posibilidad de que pase algo.

Ambos tomaron otro sorbo de la botella.

El efecto de los hongos empezó a anunciarse. Fue diferente de otras drogas que había probado. La multitud afuera del bar había crecido, algunos formaban grupos o estaban sentados en el andén, bebiendo de sus vasos de plástico y fumando cigarrillos que iluminaban la noche con sus brasas. A ratos un carro o una motocicleta pasaba lentamente entre la multitud, que se apartaba como un rebaño de ovejas. Todos los teatreros y músicos, con sus pintas y peinados extravagantes, parecían salidos de una escena de Fellini.

—Soñé con vos —dijo Luz—. Cuando desperté anoté estas líneas.

Sacó un pedazo de papel: “En la fría madrugada, pido tus ojos a un tímido sol”.

Para desgracia de Doug, Vicente apareció con un tipo llamado Raúl. Un tipo alto, muy alto que, como Vicente, daba una buena impresión inicial hasta que empezaba a hablar en círculos. Vivía con su madre en una casa grande que había visto días mejores. Doug se distrajo por un momento y cuando volvió en sí estaban hablando de yoga. Raúl contaba sobre su experiencia en Estados Unidos donde se vio involucrado en el transporte de cargamentos de coca y terminó pasando una temporada en la cárcel. Una vez adentro continuó su hábito de practicar el yoga todas las mañanas. Los otros reclusos lo observaban con curiosidad, un tipo alto como una jirafa sentado con las piernas cruzadas sobre una colchoneta. Al parecer creían que poseía poderes especiales. Uno por uno, preguntaron si podían acompañarlo. Pronto había unos treinta presos practicando con gran seriedad su rutina de yoga.

A la hora de cerrar, Luz propuso que subieran a la colina. Raúl y Vicente se les pegaron. El estrecho camino serpenteaba a través de viejas casas de estilo colonial con balcones, cornisas y rejas de hierro forjado. Mientras Doug caminaba con paso lento sobre el empedrado disparejo, se imaginaba estar viviendo en otra época. Al llegar a la capilla del siglo dieciocho en la cima de la colina, se maravillaron ante la espectacular vista de la ciudad, que se desplegaba abajo con sus techos de tejas rojas y palmeras y luces titilantes. La brisa acariciaba sus rostros y el zumbido constante de la ciudad estaba acompañado de una orquesta de grillos. Un olor de humo de marihuana que provenía de pequeños grupos de jóvenes esparcidos por la colina impregnaba el aire.

Luz se subió al alto muro de piedra que rodeaba la vieja iglesia. Doug y los otros dos la observaron un rato, luego se subieron para acompañarla. Se sentaron en el pasto para tomar lo que quedaba del jugo de hongos y contemplaron el paisaje. El mundo allá arriba era diferente al de la plana y aburrida zona al sur de la ciudad donde Doug vivía y trabajaba. Desde ahí se podían ver los hoteles de lujo como el Intercontinental y el Dann Carlton, donde un puñado de extranjeros, en su mayoría representantes de multinacionales, se hospedaban brevemente y luego se iban. Doug casi nunca se cruzaba con ellos y muchas veces se sentía como el único gringo en la ciudad.

Mientras compartían la botella casi vacía, siguieron hablando: Raúl con su filosofía barata, Vicente con su intensidad implacable y Luz con su maravillosa levedad de espíritu. Cuatro almas perdidas en las horas previas al amanecer entregándose a la noche.

—¿Sabes cuándo empieza la vejez? —preguntó Raúl— Cuando el pasado pesa más que el futuro.

Un hombre andrajoso de la calle se acercó para pedir plata. Fue derecho a Doug.

—Oiga —dijo Doug, haciéndose el ofendido—, yo soy colombiano.

—Ah, perdón —dijo el hombre, obviamente avergonzado, y se alejó.

Todavía midiendo los efectos de los hongos, Doug concluyó que a diferencia de las otras drogas que había probado, esta inducía momentos en los que sentía que estaba perdiendo el control. Pensamientos extraños le asaltaban la mente, dando vueltas, desorientándolo, y eso en esos momentos parecía menos un lapso temporal que una percepción del hecho de que había perdido el control de su vida.

Luz lo rozaba.

—Vamos a mi casa —dijo.

Su apartamento estaba en el sótano de un edificio deteriorado: paredes de yeso sin pintar, piso embaldosado a medias, un baño con la tubería a la vista y casi nada de muebles. Otra vez no pudieron deshacerse de Vicente y de Raúl. Además, los compañeros de apartamento de Luz seguían despiertos, rumbeando con unos músicos de Bogotá. Un tipo con rastas tocaba una guitarra y la gente bebía tequila. Doug se sentó en el piso con los demás y se sumergió en la música melancólica. Estaba tan cansado que no sentía el cuerpo.

Se despertó después del mediodía con el sol que atravesaba la ventana y le quemaba la cara. Tenía la lengua hinchada y seca como un cuero de zapato. Intentó reconstruir cómo había logrado salir tambaleando del apartamento de Luz y tomar un taxi a su casa. Imágenes breves y fragmentos de conversaciones llegaron a su mente de manera aleatoria. Flotó en una nube toda la tarde, incapaz de leer o trabajar en sus traducciones. Había tratado de esconder todo lo que le recordara a Nicole —las fotos, el cubrelecho preferido, los recuerdos de sus viajes—, pero hasta los platos y las paredes vacías evocaban su presencia. Inquieto y claustrofóbico, al caer la noche cogió un taxi de vuelta a La Cima. **U**

Tim Keppel (Estados Unidos)

Norteamericano radicado en Colombia desde 1995. Autor de *Alerta de terremoto* (Alfaguara, 2006) y *Cuestión de familia* (Alfaguara, 2009). La misma editorial acaba de publicar su nueva colección, *¿A dónde vas?* Ha publicado cuentos, crónicas y reseñas en *El Malpensante*, *Número*, *Arcadia*, *El Espectador*, *El País*, *Donjuán*, *Odradek*, *Revista Dineros* y *Revista Universidad de Antioquia*, además de revistas y antologías en los Estados Unidos y otros países. Vive en Cali y enseña en la Universidad del Valle.

Notas

¹ *Loose*, promiscua, en inglés. Luz y *loose* son homófonas.